



Consejo Económico y Social

Distr. general
1 de diciembre de 2017
Español
Original: inglés

Comisión de Desarrollo Social

56° período de sesiones

31 de enero a 7 de febrero de 2018

Seguimiento de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social y del vigésimo cuarto período extraordinario de sesiones de la Asamblea General: tema prioritario: estrategias de erradicación de la pobreza para lograr el desarrollo sostenible para todos

Declaración presentada por la Comunidad Internacional Bahaí, organización no gubernamental reconocida como entidad consultiva por el Consejo Económico y Social*

El Secretario General ha recibido la siguiente declaración, que se distribuye de conformidad con lo dispuesto en los párrafos 36 y 37 de la resolución [1996/31](#) del Consejo Económico y Social.

* La presente declaración se publica sin revisión editorial.



Declaración

“Hacia un orden económico justo: bases conceptuales y requisitos morales”

Erradicar la pobreza supone construir el mundo de nuevo, desde el punto de vista económico y también moral, cultural y social. Un mundo sin pobreza, y sus comunidades y modelos de vida, se parecerían poco a lo que hoy nos rodea. Por ello, la labor de la Comisión de “erradicar la pobreza para lograr el desarrollo sostenible para todos” no consiste únicamente en ampliar el acceso a los recursos materiales, por difícil que sea lograrlo, sino que supone emprender una transformación estructural y social de una envergadura hasta ahora desconocida. Tamaña tarea precisa de nuevas formas de entender a los seres humanos como individuos y a la sociedad en su conjunto.

Los modelos conceptuales de lo que es normal, natural y posible ejercen una poderosa influencia en los comportamientos personales. Por ejemplo, las personas tienden a tomar decisiones menos generosas cuanto más expuestas están a los cálculos egocéntricos inherentes a la teoría económica clásica. Dichos modelos también dan forma a las estructuras sociales, de suerte que privilegian determinados tipos de valores sobre otros y determinan la forma de ver y entender el mundo y de relacionarse con él. En consecuencia, los modelos que utilizamos revisten una importancia vital. Algunos contribuyen a liberar un potencial latente, ilustran el pensamiento, iluminan caminos inesperados y propician acciones constructivas. Otros distorsionan, limitan y confunden.

A lo largo de su historia, la humanidad ha utilizado innumerables modelos conceptuales; en unas ocasiones, sus distintos elementos han impulsado el progreso, pero, en otras, lo han entorpecido. Independientemente de lo acontecido hasta ahora, resulta evidente que el cambio transformativo que hoy necesitamos exige nuevas perspectivas desde las que explorar los retos, evaluar las realidades e imaginar las soluciones. Así pues, hemos de estar preparados para evaluar y, de ser necesario, revisar las premisas que han moldeado el orden internacional y las estructuras sociales vigentes.

A modo de ejemplo, pensemos en la noción de que la humanidad es conflictiva por naturaleza y que los conflictos son inevitables. De que los seres humanos se mueven principalmente por interés personal y que, por ende, la prosperidad debe basarse en la aspiración al beneficio propio. De que el bienestar de los grupos o naciones puede tener sentido por sí solo, desconectado e independiente del bienestar de la humanidad en su conjunto. De que el mundo contemporáneo se caracteriza por una falta fundamental de recursos humanos y materiales, y no por su abundancia.

Ideas como estas, implícitas y tácitas en muchos casos, están comúnmente aceptadas en el discurso contemporáneo. No obstante, sus consecuencias reales son notables. ¿Puede la creencia de que los seres humanos son egoístas por naturaleza no ser destructiva cuando se aplica a contextos como la comunidad, la familia o la escuela? ¿Puede una concepción de la economía basada en el supuesto de la prevalencia de unos individuos o grupos sobre otros no desembocar en la multiplicación generalizada de condiciones de manifiesta desigualdad? Y, por otro lado, ¿cómo serían las estructuras económicas mundiales si la colaboración se entendiera como un motor del desarrollo más potente que la competencia? ¿Cómo atajaríamos la pobreza extrema y la riqueza excesiva si de verdad consideráramos que el bien del individuo es inseparable del bien colectivo? ¿Qué políticas se

promulgarían si las prioridades gubernamentales respondieran principalmente a los intereses de toda la ciudadanía y no a las preferencias de una minoría selecta con acceso privilegiado a los centros de poder?

Dada la rapidez sin precedentes de las transformaciones de la era actual, la Comunidad Internacional Bahá'í exhorta a los Estados Miembros y demás participantes en la Comisión de Desarrollo Social a iniciar una revisión profunda de las premisas que fundamentan las iniciativas de desarrollo. La comunidad internacional debe asegurarse de que las políticas que adopta están en consonancia con los valores que defiende, de que las ideas que da por sentadas siguen siendo válidas a la luz de las realidades mundiales emergentes, de que los axiomas proclamados en los foros mundiales se corresponden con los hechos constatados sobre el terreno. Tomemos como ejemplo la contradicción que existe entre, por un lado, una era en la que la profunda interdependencia mundial afecta incontables aspectos de la vida diaria y, por otro, las afirmaciones expresadas desde las más altas esferas de que el bienestar se logra anteponiendo el interés estrictamente nacional. Igualmente contradictoria es la presunción de que la competencia desenfrenada se puede compaginar con la “alianza de colaboración” y el “espíritu de mayor solidaridad mundial” recogidos en la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible y otras iniciativas de las Naciones Unidas. Estas son cuestiones de vital importancia. El progreso continuado exige tener una idea clara y profunda de quiénes somos y de las circunstancias que nos rodean. Solo cuando nuestro mapa mental del mundo sea preciso podremos poner rumbo firme hacia un futuro mejor .

Un replanteamiento sistemático de este tipo incorporaría a distintos agentes, dentro y fuera de las Naciones Unidas. Los investigadores podrían estudiar los fundamentos de los modelos actuales y las ventajas y riesgos de las alternativas, como los modelos económicos en los que la prosperidad se define de manera más amplia y no solo como el resultado de la producción y el consumo. Los encargados de formular las políticas y decidir sobre asuntos a todos los niveles podrían examinar los supuestos que subyacen a las políticas vigentes y evaluar la posibilidad de consecuencias imprevistas, como por ejemplo, si la premisa sobre la conflictividad de la naturaleza humana podría perpetuar inconscientemente esos mismos modelos de hostilidad. Los especialistas podrían evaluar si los procedimientos y enfoques utilizados son contrarios a los valores institucionales y, por tanto, refuerzan las percepciones de la alteridad y socavan el compromiso declarado de establecer una alianza igualitaria con las comunidades locales.

¿Cómo se plasmaría ese nuevo planteamiento en la práctica? Consideremos la aparente falta de recursos mencionada anteriormente. Los datos demuestran con claridad que el nuestro es un mundo de abundancia, al menos en conjunto. Por ejemplo, en 2016 el producto interno bruto mundial per cápita era de 16.143 dólares, cifra que para la mayoría de la población mundial representaría un enorme aumento de los recursos monetarios. Asimismo, en la actualidad producimos alimentos más que suficientes para toda la humanidad. Esos datos no son nuevos ni novedosos y, sin embargo, un sinnúmero de discusiones empiezan y terminan con referencias a una supuesta falta de fondos o suministros, en lugar de analizar por qué los vastos recursos de los que dispone la especie humana se utilizan del modo en que lo hacemos.

No cabe duda de que muchas organizaciones y personas carecen de los recursos que consideran necesarios. Pese a ello, a nivel sistémico, el supuesto de que “no hay dinero suficiente” es fundamentalmente una mala interpretación de las realidades mundiales pertinentes. Los recursos financieros se concentran cada vez más en sectores concretos de la sociedad, lo que produce excesos de riqueza inadmisibles y

también extremos de pobreza inexcusables. Realidades como esas son incompatibles con los ideales de justicia, equidad y dignidad a los que se ha obligado la comunidad internacional. Además de las consideraciones morales, esas dinámicas pueden desestabilizar y corroer hasta lo más profundo del entramado social y entrañan un peligro evidente y tangible para la sociedad. Con todo, sus efectos más adversos se pueden corregir adaptando las políticas y las prácticas, y todos los agentes, es decir, las administraciones, las empresas y los ciudadanos, deben reconocer la responsabilidad que les incumbe a ese respecto. El reto no surge, pues, de la escasez, sino de las decisiones y valores que deben inspirar la asignación de recursos.

Este ejemplo y otros similares demuestran la necesidad de definir las premisas que sustentan los enfoques y de realizar un examen consciente del modo en que esas premisas potencian o menoscaban los esfuerzos emprendidos. Igual de importante es la capacidad de articular los principios que, mediante los procedimientos y sistemas actuales, deberíamos trasladar a las realidades sobre el terreno: que la especie humana es un todo interdependiente; que las mujeres y los hombres son iguales por naturaleza; que la fuerza ha de ponerse al servicio de la justicia; que la honestidad es la piedra angular de la integridad personal y de un progreso social duradero. Si estos son los principios en los que creemos, debemos reflejarlos e integrarlos cada vez más en nuestras organizaciones y esfuerzos a todos los niveles.

Lo que se requiere es un examen del marco de pensamiento y actuación colectivos utilizado por la comunidad internacional. Para que sea eficaz, tal esfuerzo no se puede limitar a una única iniciativa. Al contrario, se necesitará emprender una profunda reflexión, que trascienda el funcionamiento actual de todo el sistema de las Naciones Unidas. Logramos avances sustanciales en el proceso de los Objetivos de Desarrollo del Milenio; los Objetivos de Desarrollo Sostenible exigen una visión aún más amplia y un modo de pensar aún más creativo. Por lo tanto, es hora de replantearnos quiénes somos en lo fundamental, la naturaleza de nuestras relaciones y las realidades que conforman el mundo en que vivimos. Solo así podremos preparar el terreno para cosechar progresos genuinos y sostenibles.
